

ciudad de Auaris, que había sido abandonada por los pastores, y el rey se la concedió. Una vez en Auaris eligieron por jefe a un sacerdote de Heliópolis, llamado Osarsiph, y juraron obedecerle: ordenóles que no solo no adoraran a los dioses sino que no se abstuvieran de los animales que en Egipto se adoraban como sagrados y que no se trataran con nadie mas que con los conjurados. Aprestóse luego para la guerra y llamó a los pastores arrojados que se habían establecido en Jerusalem, los cuales acudieron con un ejército de doscientos mil hombres; pero el rey Amenofis, que por habérselo anunciado el adivino sabía lo que le amenazaba, recogió los animales sagrados, ordenó ocultar cuidadosamente las imágenes de los dioses, confió a un amigo a su hijo Sethos, que tenía cinco años y que se llamaba también Ramesces, y salió con trescientos mil hombres al encuentro del enemigo. Sin embargo, no atreviéndose a luchar contra la voluntad de los dioses, regresó a Menfis, tomó consigo al Apis y a los demás animales sagrados que habían sido reunidos, y marchó con todo el ejército y con muchos egipcios en dirección a Etiopía, cuyo rey le acogió a él y a todo su pueblo amistosamente y les dió auxilio contra sus adversarios. Los pastores de Jerusalem, sin embargo, unidos a los malditos se apoderaron de todo el país, incendiaron ciudades y aldeas, saquearon los templos y mutilaron las imágenes de los dioses, llegando a convertir el altar mayor en cocina, en la que asaron animales sagrados, y obligando a los sacerdotes y a los profetas a dar muerte a estos, después de lo cual les despojaron de sus cargos. El organizador y legislador de su Estado era Osarsiph, que entonces cambió su nombre por el de Moisés. Así vivieron hasta que hubieron transcurrido los trece años: entonces Amenofis regresó de Etiopía con un gran ejército, acudiendo a su ayuda su hijo Ramesces. Unidos ambos, vencieron a los pastores y a los leprosos y los arrojaron a Siria.

Así escribieron la historia los egipcios. De esta narración no podemos sacar hechos históricos fijos: la serie de reyes aparece en ella tan confusa como en las demás narraciones de Manethon relativas al Nuevo imperio (1). Pero en los nombres del rey Amenofis y del sabio hijo de Paapi, director del sacerdocio heliopolitano, — el nombre Osarsiph (2) puede muy bien ser histórico, — en la relación de la profanación de templos y de la persecución de los dioses llevadas a cabo por egipcios malditos y condenados por los dioses, se deja entrever el fundamento histórico de donde nació esta narración.

CAPITULO VI

EGIPTO Y EL IMPERIO CHETA

Imposible es decir en qué sentido se desarrolló la política exterior de Egipto bajo la influencia de las luchas religiosas y de los desórdenes, ni hasta qué punto influyó quizás aquella política en las relaciones interiores. Los egipcios con servaron la soberanía sobre la Etiopía; así es que durante todos los reinados encontramos uno ó dos príncipes de Kusch. Una extensa relación que uno de estos gobernadores llamado Hui mandó inscribir en su tumba y que en parte hemos dado ya a conocer a nuestros lectores, nos presenta a los kuschitas y a los negros ofreciendo sus tributos al rey Tut'anchamon é implorando su gracia con la fórmula acostumbrada: «Salud a tí, rey de Qemt, Ra de los nueve pueblos extranjeros, regálanos el soplo de vida, vivimos según tu voluntad.» El rey Ha-

(1) La culpa de esto quizás no la tiene el mismo Manethon sino las distintas compilaciones que sirvieron de fuente a Josefo y aun a los Padres de la Iglesia.

(2) Es un nombre de persona tomado de uno de los nombres del dios Osiris (Osar) Sip.

remhebi perpetuó en una gruta de rocas de Silsilis, con dibujos y palabras altisonantes, la memoria de una expedición que hizo contra los negros. Un dibujo grabado en el sepulcro de un funcionario de la casa de plata representa el acto de entregar y pesar los tributos, consistentes en oro, plata, marfil y ébano.

También continuaron subsistentes las relaciones con Arabia: en tiempo de Haremhebi presentóse en Tebas una embajada de los caudillos de Punt para entregar al rey ricos presentes en oro, huevos de avestruz y pieles de pantera. «No conocíamos el Egipto, — dijeron, — nuestros padres no lo pisaron.» En cambio desapareció la soberanía sobre Siria. Ciertamente, según un cuadro de un sepulcro, fuéronle presentados a Chuenaten, en su duodécimo año, «tributos de Charu (Siria) y Kusch, de Occidente y de Oriente,» y que Ai en su título de rey se denomina «vencedor de los bárbaros asiáticos;» pero ya se comprenderá que no pudo haber expediciones de guerra formales, debiendo hacerse poco caso de estos datos generales, dada la afición de los egipcios a tributarse alabanzas. Una brillante relación, que ya hemos citado, de la tumba del mencionado Hui nos representa a éste en el acto de presentar, en unión de su colega el príncipe de Kusch, Amenhotep, al rey Tut'anchamon una embajada de los príncipes de Rutenu, que ofrecen al monarca ricos presentes, piedras preciosas, hermosos vasos y cántaros, un caballo y un león. Según la inscripción que allí aparece, «los grandes de Rutenu, que no conocían el Egipto desde el tiempo de los dioses,» — como se ve, cada Faraón incurre en las mismas fanfarronadas, por lo cual hay que dar poca importancia a tales frases, — llegaron «para implorar de Su Majestad la paz. Dicen: Dáanos el soplo de vida, indescriptibles (?) son tus victorias; en tu tiempo no ha habido ningún rebelde; todo el mundo está en paz.» No sé si de estas frases ha de deducirse que entonces todavía los egipcios dominaban sobre un trozo de Siria. Los magnates sirios que con presentes fueron a Egipto no significan mas que una embajada motivada por fines políticos ó comerciales. En la época en que Haremhebi era administrador del imperio hubo luchas en Asia, pues se denomina entonces «acompañante de su soberano en el teatro de la guerra en el día en que se derrotó a los asiáticos» y en su sepulcro se le pinta presentando al rey los prisioneros, por cuyo hecho obtuvo el oro. Otro dibujo le representa presentando una embajada (3). En realidad pudieron los egipcios conseguir allí algunas victorias, pero es probable que su soberanía, por lo menos en el Norte de Siria, comenzara a debilitarse a fines del reinado de Amenhotep III, y de todas maneras el poderío de Haremhebi y de Ramesces I no se extendió al Este más allá de la península del Sinaí.

Con esto puede estar relacionado el hecho de que en tiempo del inmediato soberano Seti I se restableció la antigua fortaleza fronteriza del istmo de Suez, por mas que todavía las fronteras del país del Nilo estaban vigiladas desde la época de la dominación sobre Siria, para proteger al país contra las rebeliones y ataques de los nómadas (4). El núcleo de la defensa fronteriza era un canal que desde el lago Menzálé se dirigía al Sur cortando la estrecha altura que se alzaba entre este lago y el de Ballah, en la actual Kantara (5), y por

(3) Mariette: *Mon. div.*, 74 b. *Egypt. Mon. te Leyden*, tomo I, 31-34. Por esto en la inscripción de la estatua de Haremhebi, de Turin, se dice: «A él se presentaron los príncipes de los nueve pueblos extranjeros del Sur y del Norte que abrieron los brazos cuando llegó y adoraron su rostro como el de un dios.»

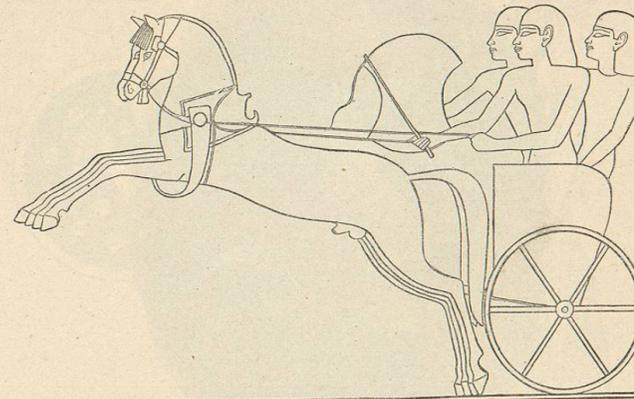
(4) Mariette: *Karnak*, 37, 32, en tiempo de Amenhotep III. Lo propio en tiempo de Ramesces II y de sus sucesores.

(5) En las cercanías de este lugar se halla un monumento de Seti I y de Ramesces II. Para lo demás véase el grabado de la página anterior.

la cual pasaba el único camino del Este. El canal estaba protegido por ambos lados por un parapeto: el único puente que lo atravesaba estaba defendido, en la parte egipcia, por una formidable fortaleza y al Este «por el baluarte (*chetem*) de Zaru.» El canal no había sido nunca prolongado en la antigüedad mas hacia el Sur, es decir, sobre la colina El-Gisr, que se levantaba entre los lagos de Ballah y de Timsah, pues por este lado ya la naturaleza se había encargado de hacer inaccesible el Egipto, y el canal no tenía mas objeto que el de defensa, no el de atender a intereses comerciales.

Mientras el poderío egipcio iba en decadencia, formábase en Siria un poderoso Estado. El pueblo de los chetas, los chetites del Antiguo Testamento, a los cuales ya hemos conocido como habitantes del valle del Orontes y de la fortaleza de Qadesch en Celesiria, se puso al frente de las tribus

del Norte de Siria, uniéndolas bajo su soberanía. Es indudable que su poder nació de la resistencia opuesta a la dominación extranjera egipcia, pero ninguna noticia ha llegado hasta nosotros de las luchas por medio de las cuales consiguió imponer la suya a los países rutenos. Es de esperar, sin embargo, que cuando se haya estudiado cuidadosamente el suelo de Siria, hasta ahora virgen de toda exploración científica, y cuando se hayan logrado descifrar las mas antiguas inscripciones sirias escritas en unos jeroglíficos especiales, tendremos datos mas precisos acerca del imperio cheta, pues no cabe duda alguna de que pertenecen a los chetites las ya mencionadas inscripciones que se han descubierto primero en Hamath y posteriormente en las ruinas de Karkamisch y en otros puntos. Quizás el porvenir nos proporcione algunos documentos de los reyes que guerrearon contra Seti I y Rames-



Carro de guerra de los chetas.

ces II, con lo cual adquiriríamos excelentes comprobantes para los datos de origen egipcio.

Cuando Seti I marchó sobre la Siria, el nuevo Estado estaba, según parece, casi por completo organizado. El «gran rey de los chetas» dominaba como único soberano el territorio del Orontes, quizás hasta la desembocadura de este río. El hecho de no hacerse nunca mención de la ciudad de Hamath parece ser una prueba clara de que perdió su independencia. Hacia el Sur no avanzaron mas los chetites, de modo que la Palestina propiamente dicha no estuvo nunca sometida a ellos, volviendo los distintos lugares de este país, en cuanto desapareció la soberanía egipcia, a su antigua condición de lugares del Asia Menor. En cambio los chetas extendieron su poderío hacia el Norte «hasta las fronteras del mar,» como dice una narración poética egipcia: el rey de la ciudad fenicia de Arados reconoció su soberanía y lo propio hicieron, en el país de Naharain, en el Eufrates, los príncipes de Karkamisch y de Chaleb. Además se citan los soberanos de los países y de los pueblos de Masa, Aruna, Ruka (Luka), Dardeni (ó Dandeni) y Keschkesch y como nombre mas notable y que quizás abarca muchos de los territorios mencionados, «todo el país de Qedi.» Respecto de otros distritos y ciudades, como Anaugas, Qazuadana, Pidas y Muschana, puede ponerse en duda si realmente fueron incorporados al imperio cheta. La tantas veces citada ciudad de Tunip pertenecía ciertamente a Chaleb; Akerit, cerca del Eufrates, formaba parte de Karkamisch. Por lo demás, no se sabe a punto fijo en qué punto del mapa han de ser colocados los mas de estos nombres: la mayor parte de ellos corresponde a la Siria septentrional; algunos quizás pertenecen a la Mesopotamia occi-

dental, y con el nombre de Qedi parece designarse el territorio sudoriental del Asia Menor. Que los reyes chetas extendieron su poderío mas allá del Tauro y del Amanos es punto menos que indiscutible, por mas que hoy en día se hayan suscitado poderosas dudas acerca de si realmente fueron construidos por monarcas chetites los monumentos bastante numerosos del Asia Menor que algunos creen de estilo parecido y de escritura igual a los de los chetites (1). En el dibujo de un ejército chetite que encontramos en un monumento egipcio vemos a algunos de estos aliados representados con un tipo y unos gorros especiales (2), que ya no volvemos a encontrar en ninguna otra parte.

Muchos lugares del imperio cheta, ninguno de los cuales puede con seguridad identificarse, aparecen mencionados en el tratado que después firmó Ramesces II con el rey cheta, siendo invocados como testigos de la alianza el dios tutelar — los egipcios lo denominan Sutech, es decir, Ba'al, «el señor,» — ó la diosa tutelar de cada uno de ellos (3). El pueblo como conjunto tenía también su Ba'al ó Sutech, además del cual adoraba a la diosa Astarté y a dos divinidades guerreras,

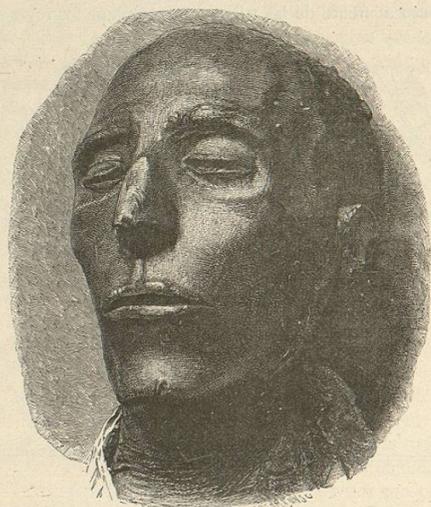
(1) G. Hirschfeld: *Los relieves en las rocas, en el Asia Menor, y el pueblo de los hittites*, en los *Debates de la Academia de Berlín*, 1886, con todas cuyas manifestaciones no puedo estar de acuerdo. — Por lo demás, solo haré notar que para los citados nombres circulan identificaciones caprichosas fundadas en razones fónicas que no creo necesario mencionar.

(2) Rosellini: *Mon. stor.*, pág. 104.

(3) También vienen mencionados los dioses de la montaña y del río del país cheta («el dios Sutech, señor del cielo») (es decir: *Ba'alschaim*).

Reschpu, el dios del rayo, y la amiga de combates Anat, que también tenía varios lugares de culto en Canaan. Las dos llevan yelmo y lanza, Anat lleva además escudo y hacha de guerra, y está representada sobre un caballo. Ambas divinidades fueron muy veneradas por los egipcios en tiempo de los Ramésidas, del mismo modo que Ba'al y Astarté, pues no era del todo inútil atraerse la gracia de los poderosos dioses del enemigo.

Las pinturas nos demuestran sobradamente que el imperio cheta era un Estado tan culto como el egipcio. El rey iba en las batallas acompañado de su «escribiente de libros» (secretario) Chirpasar; las ciudades estaban perfectamente fortificadas y adornadas con algunos hermosos edificios. Los datos



Cabeza de la momia de Seti I.

séquito) del rey, después los honderos (*gara'u*, que se lee *galá'u*) y luego las tropas auxiliares de los territorios de Panas, Naqebus, Annas y Tanis, que indudablemente estaban inmediatamente agregados al imperio (1). Del ejército chetite formaban también parte las huestes de los príncipes vasallos aliados.

La formación de este poderoso Estado militar había cambiado por completo la faz de las relaciones de Siria de los tiempos de Tutmosis III, pues en vez de la poco sólida coalición de los pequeños dinastas y del sistema comunal aparece un imperio uno y poderoso: Siria no se deja ya, como en otro tiempo, sojuzgar sin apelar á mas medio que la fuga, y pronto había de verse si Egipto estaba en situación de reconquistar su antiguo poderío enfrente de su nuevo adversario. Haremhebi y Rameses I habían pactado ciertamente paz y amistad con los reyes chetites Saparurus (2) y con su hijo Marsir, dejando que el Asia se gobernara á sí misma, pues hartos tenían que hacer con cuidar de la tranquilidad interior de Egipto; pero cuando después del corto reinado de Rameses I subió al trono su hijo Seti I, emprendió en seguida la ardua tarea de reconquistar las perdidas provincias.

El rey comenzó su obra por asegurar el camino de la costa

(1) En los monumentos egipcios se hace entre ellos especial mención de los escuderos (ó cocheros) del rey.

(2) Este nombre (se pronuncia Schapalulu) lo volvemos á encontrar en la persona de un príncipe del Norte de Siria en el período asirio bajo la forma de Sapalulmi.

mas minuciosos que de este pueblo poseemos son los que se refieren á su organización militar: como entre los egipcios, los carros de guerra constituyen entre ellos el arma mas brillante y mas ilustre, diferenciándose de los egipcios en que siempre combaten en cada uno de ellos tres hombres en vez de dos. Las armas usuales de los que luchan en carros son el arco y la flecha. El núcleo de la infantería lo forman los cuerpos designados con el nombre de *tuhirs*, que son cuerpos de batalla compactos y dispuestos en gran fondo, como la falange macedónica, cuyos soldados están armados de lanzas y de unos puñales cortos. En las luchas contra Rameses II los hallamos divididos en dos columnas de 7,000 y 9,000 hombres. Junto á ellos vemos á la guardia de corps («gentes del

por el desierto, por cuya razón dirigió ante todo sus ataques contra los schasus, beduinos de la península del Sinaí, cuyas hordas fueron naturalmente sin gran esfuerzo derrotadas «desde el baluarte de Zaru hasta el país de Canaan» (3). El rey, contento de la lucha, se alaba de haberse ensañado con los enemigos como un león furioso: los dibujos nos lo representan lanzándose entre ellos con flecha y hacha de guerra en las manos y mandando colgar de su carro las cabezas de los prisioneros. Los enemigos fueron perseguidos hasta la «ciudad de Canaan,» haciéndoseles muchos prisioneros. Después de esto, dirigió Seti á Palestina: la ciudad de Jenu'an fué tomada, lo propio que la fortaleza de montaña Qadesch, «en el país de Amur» (4), es decir, en el territorio de los amoritas (Palestina septentrional). El dibujo egipcio representa á los pastores huyendo de aquel repentino ataque y refugiándose en los desfiladeros de la montaña selvática. Los caudillos del país de Rutenu se sometieron y pagaron su tributo, y fueron llevados al Amon tebano muchos prisioneros y precioso botín. También los caudillos del país de Remenen se sometieron y entregaron al rey hermosa madera de ébano para un gran buque del Nilo. De suerte que Seti llegó hasta las fronteras del imperio cheta, contra el cual luchó y en el cual se alaba de haber hecho gran matanza. Pero ya no habla de otros éxitos

(3) Aquí se hace mención por vez primera de la parte mas meridional de Palestina.

(4) Después perteneció á la tribu de Neftali.

y sus inscripciones, que ensalzan con pomposas frases sus insignificantes escaramuzas con los beduinos, guardán extraño silencio acerca de las luchas con los chetas. Si poseyéramos los monumentos de Mautener, que entonces era rey de los chetas, de seguro que encontraríamos en ellos datos referentes á victorias por éstos conseguidas sobre los egipcios, los cuales no lograron ya en estos países otro triunfo.

Seti I regresó á Egipto triunfalmente, siendo solemnemente recibido por los grandes sacerdotes y por los príncipes del Sur y del Norte (véase el grabado): hizo consignar sus hazañas por medio de brillantes pinturas y frases laudatorias en las

paredes del templo de Amon de Karnak y no se cansó de enumerar en las inscripciones largas listas de vencidos, entre los cuales figuraban algunos nombres anticuados como el de los mentius, otros de vasallos pacíficos, como los habitantes del oasis de las Palmas y las numerosas tribus negras, kuschitas y habitantes de Punt, y hasta los de países remotos que Seti I no pisó nunca, como Tunip, Tachsi, Naharain, Menus, Chipre, Sangar, Assur y otros (1). A pesar de esto, no consiguió mas que una victoria á medias, habiendo fracasado la tentativa de restablecer la soberanía egipcia en Siria. Es muy probable que el Egipto conservara una parte de Palestina y



Guerreros schardanas de la guardia de corps de Rameses II

(según Rosellini).

del Sur de Fenicia, pero su poderío no se extendió mas allá. En cambio, quedaba para siempre asegurado el camino desierto de la costa meridional del Mediterráneo, donde mandó Seti construir muchos castillos, cada uno de los cuales tenía un pozo y una arboleda (2).

No sabemos si Seti, después de la campaña de su primer año, emprendió otras guerras; de todas maneras, los monumentos nada dicen sobre este particular, y en cambio representan una expedición que, según parece, llevó á cabo en sus últimos años contra las tribus libias de los tehenus, que habitaban al Oeste de Egipto, y en la cual le acompañó su joven hijo Rameses.

(1) Estas listas no son mas que una compilación de las de Tutmosis III. Tampoco tienen valor alguno las listas de pueblos de Rameses II y de los reyes posteriores, que por regla general no son sino reproducciones de nombres estereotipados.

(2) En los cuadros de sus victorias estaban representados estos castillos. Véase Brugsch: *Dict. géograph.*, pág. 591. Sus nombres aparecen de nuevo casi todos en el *Papyrus Anastasi I* (Chabas: *Voyage d'un égyptien*, pág. 282), con la sola diferencia de que en éste se les menciona

Durante el reinado de Seti I y quizás por efecto de la tenaz resistencia que encontró en Siria, consumóse el funesto cambio en la organización del ejército egipcio. Los antiguos reyes, como por ejemplo Tutmosis III, habían conseguido sus victorias solo con soldados egipcios; y para los fines de la policía, probablemente para tener gente de toda confianza, se reclutaron desde muy antiguo mercenarios extranjeros que formaban el cuerpo de los *mazaius*. Estos se hallan expresamente designados como extranjeros y quizás deban su nombre á una tribu negra que hemos mencionado ya hablando del Antiguo imperio, por mas que después no fuesen tropas negras. La primera vez que los encontramos es en tiempo de Chuenaten, que les confió el servicio de seguridad de la nueva

después del rey gobernante entonces, que era Rameses II, en vez de mencionarlos después de Seti I, costumbre muy corriente entre los egipcios. La ruta está, en dicho papiro, prolongada por el lugar fortificado Rapihi (Raphia) hasta Gaza. Uno de estos castillos lo encontramos, al parecer, en la introducción de la llamada poesía de Pentaur. Durante el reinado de Merneptah los mismos castillos vienen mencionados después de este rey: *Pap. Anast.*, III, verso p. 6. 5.